ADMINISTRACION LÍRICO-DRAMÁTICA

CARTAS TRASCENDENTALES

COMEDIA EN UN ACTO Y EN VERSO

ORIGINAL DE

EDUARDO BUSTILLO

MADRID

CALLE DE SEVILLA, 14, PRINCIPAL

1877

CARTAS TRASCENDENTALES.

OBRAS DEL AUTOR.

Romancero de la guerra de África (7.ª edicion.)

El libro de María.

El laurel de los laureados, paso dramático, en verso, escrito para honrar la memoria del célebre artista Julian Romea.

Cartas trascendentales, comedia en un acto y en verso.

Las cuatro estaciones, coleccion de poesías.

PREPARADA PARA LA IMPRENTA.

Mi libro verde, cuentos y cuadros de costumbres.

CARTAS

TRASCENDENTALES

COMEDIA EN UN ACTO Y EN VERSO

ORIGINAL DE

EDUARDO BUSTILLO

Representada por primera vez
en el Teatro de la Comedia, el 15 de Marzo de 1877

MADRID

IMPRENTA DE T. FORTANET

29 — CALLE DE LA LIBERTAD — 29

1877

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traduccion.

Los comisionados de la Administracion Lírico-dramática de DON EDUARDO HIDALGO, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representacion y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

AL SEÑOR D. JOSÉ DE CASTRO Y SERRANO.

Al final ya de esta mi obrilla dramática, y aún sin título propio y conveniente para ella, vi, con verdadero regocijo de padre, que al paso me salia para mi hija un ilustre padrino.

Ya sé, por la especial simpatía con que se han recibido en el teatro, que (por su buen fondo y sana intencion no más) mis CARTAS *son* Trascendentales *como aquellas* Cartas *famosas que, abiertas en un libro, dirigió Vd. á nuestro comun amigo Antonio, y que se leyeron y se leen con fruicion y encanto, como todo lo que ofrece al público con su incomparable estilo el autor de* La Novela del Egipto, *de los* Cuadros contemporáneos *y de las* Historias Vulgares.

Cedióme Vd., harto confiadamente, el título de su libro para mi comedia, y así ésta se ampara tambien al imprimirse con su buen nombre, sin que yo olvide nunca el vivo interes y el amor de artistas con que la señora Álvarez de Hernando y Emilio Mario han llevado mis CARTAS *á su destino, es decir, al corazon del público.*

Sabe Vd. que le quiere y admira de veras

EDUARDO BUSTILLO.

Madrid 17 de Marzo de 1877.

REPARTIMIENTO.

PERSONAJES.	ACTORES.
CECILIA.	Sra. Álvarez de Hernando.*
JUANA.	Srta. Ballesteros.
FERNANDO.	Sr. Mario.
PEPE.	Sr. Valle.

La accion en Madrid, en nuestros dias.

(*) Primera dama del Teatro de la Comedia, en cuyo beneficio se representó por primera vez esta obra.

Archivo Teatral
MILLÁ
San Pablo 21-BARCELONA

ACTO ÚNICO.

El teatro representa el salon lujosamente amueblado de una casa de la aristocracia.—Galería en el fondo, que da paso á derecha é izquierda á la salida de la casa y á las habitaciones interiores.—Puertas laterales: la de la derecha, del gabinete de Cecilia, y la de la izquierda, del de Fernando.— Chimenea encendida, velador con libros, etc.

ESCENA PRIMERA.

JUANA y PEPE, que entran por distintos lados del fondo y se dirigen, recatándose, á las habitaciones de Cecilia y Fernando respectivamente. Al llegar á la puerta, se detienen, mirándose un instante, y bajan á encontrarse en el proscenio por un movimiento de curiosidad maliciosa.

JUANA. ¿Qué llevas, Pepe?
PEPE. Yo?... Nada.
¿Y tú, Juana?
JUANA. Mi persona.
PEPE. Tú tapas algo.
JUANA. ¿De veras?
Tú hueles á trapisonda.
PEPE. (Me ha calado.)
JUANA. (Se lo ha olido.)
PEPE. Claréate.
JUANA. No seas cócora,
y enseñémonos las cartas.
(Las sacan al mismo tiempo.)

PEPE. ¿Espadas, bastos ó copas?
JUANA. (Enseñando una moneda de oro.)
No sé, mas oros son triunfos.
PEPE. (Lo mismo.)
Para tu bolsa y mi bolsa;
que aunque hoy parecen distintas,
pronto serán una sola.
¿Verdad? (Insinuándose con gracia y cariño.)
JUANA. (Paseándose con aire de importancia.)
Segun y conforme.
Hay casos... Porque las cosas...
se han de pensar!
PEPE. (Con tono de ofendido.)
Mira, Juana,
tú mueves mucho la cola,
porque has echado buen pelo
pisando el de las alfombras.
Te das lustre, y al fin no eres
más que una ilustre fregona.
JUANA. Poco á poco; soy doncella.
PEPE. De la señorita. ¡Toma!
y ¿el doncel del señorito
no soy yo?—Ya ves, la ropa
me da cierto aire de duque,
de...
(Paseándose con el mismo aire con que lo hizo ella.)
JUANA. Sí, de duque... de fonda,
con la propina por renta
y el trinchante por corona.
PEPE. Basta de bromas y hablemos.
JUANA. Pues habla y basta de bromas
PEPE. Esa carta trae belenes
á tu señorita.
JUANA. Y la otra
trae los de tu señorito.

El cuento pica en historia.
PEPE. De aquel jóven que?...
JUANA. Del mismo.
De aquella que?...
PEPE. De la propia.
JUANA. No suelen estos correos
llegar á las mismas horas.
Pero esa Alina, ¡qué pécora!
PEPE. Y el condesito? ¡qué posma!
JUANA. Ni un instante en paz le deja.
PEPE. No la deja á sol ni á sombra.
JUANA. Mi señorita repugna
las cartas; pero... se cobran,
y ¿qué trabajo me cuesta?...
PEPE. No es difícil la tramoya.
JUANA. Él vive como un soltero.
PEPE. Y ella? Dicen que es la moda
y el gran tono, y en reuniones
y teatros campa sola.
—Cuando en la berlina sale,
él pasea en la victoria
ó á caballo, aunque en berlina
no ha de faltar quien le ponga.
JUANA. Y en casa? Cada uno tiene
sus habitaciones propias.
Tu señorito á ese lado
y á ese otro mi señora...
— Y á esto llaman matrimonio?
PEPE. El dia de nuestra boda
dispondremos nuestra vida
conyugal en otra forma.
Nada de salon por medio.
JUANA. Salones? ¡no te compongas!
PEPE. Juntitos!... (Intentando abrazarla.)
JUANA. (Rechazándole con dignidad cómica.)

Si el caso llega...
será lo que yo...

PEPE. ¡Qué boba!
Por supuesto.

JUANA. Y entre tanto,
hacer méritos te importa.
Las pascuas están ya cerca;
á ver si el bolsillo engorda...

PEPE. ¡Como si fuera algun pavo!

JUANA. Si estos enredos no aflojan...

PEPE. Bien lo sabes tú; las cartas
producen cuartos.

JUANA. Y áun onzas.

PEPE. Se toma del que abre el sobre...

JUANA. Del que le cierra se toma...

PEPE. Y así, cerrando y abriendo...

JUANA. Qué pillastre!

PEPE. Tunantona!

JUANA. (Mirando hácia el foro.)
Tu señorito.

PEPE. Pues ¡vivo!...
¡á intrigar... y que arda Troya!

JUANA. Adios, duque sin ducados!

PEPE. Adios, mi ilustre fregona!...

(Juana entra con la carta en el gabinete de la derecha, vuelve á salir sin ella y se va por el foro. Pepe entra en el de la izquierda y vuelve á salir sin la carta, encontrándose ya con Fernando.)

ESCENA II.

FERNANDO.—PEPE, en segundo término.

FERNANDO. (Hablando en el foro, como si diese una órden á un criado. Luégo baja preocupado al centro de la escena.)
Hoy montaré el alazan.

—Todo me cansa y hastía;
coche y caballos de dia,
y por la noche... ¡qué afan!
(Se quita el abrigo, que Pepe recoge y lleva al gabinete, del que sale en seguida.)
—Y esa mujer... Me fastidio
con su amor venal y necio:
de la vida en menosprecio,
esto casi es el suicidio.

PEPE. Señor...

FERNANDO. Qué traes?
(Sentándose, siempre preocupado.)

PEPE. Nada... yo,
cumpliendo la órden de usía...
Trajo una carta Lucía....

FERNANDO. Bien. (Con tono de indiferencia.)

PEPE. La dejé en el buró.

FERNANDO. Bueno. (Distraido.)

PEPE. Y como yo además
sonsaco bien, sé que... ¿estamos?...
que la señorita... vamos,
está dada á Satanás!

FERNANDO. (Saliendo de su distraccion.)
Quién? Mi mujer? Llegó á ver?...

PEPE. No es la señora marquesa.

FERNANDO. Pues quién? (Impaciente.)

PEPE. La otra, la francesa.
Pues quién habia de ser?

FERNANDO. Bah! (Con acento despreciativo.)

PEPE. Como soy buen reclamo,
yo, de usía en beneficio...

FERNANDO. Sí, ya sé que ese es tu oficio.

PEPE. Procuro dar gusto al amo.

FERNANDO. Y ¿qué has sabido? qué pasa?

PEPE. Que la señorita Alina,
que tan bien cantaba, hoy trina...

FERNANDO. (Porque no voy á su casa.
Y á no verla estoy resuelto.)
PEPE. Y la pobre... se querella..!
FERNANDO. Tambien procuras por ella?...
(Ligera pausa.)
— Y la señora?
PEPE. No ha vuelto.
FERNANDO. Salió en coche?
PEPE. Sí, señor.
FERNANDO. Dejó recado?
PEPE. Ninguno.
FERNANDO. Vete.
PEPE. Si he sido importuno...
FERNANDO. Te hallo bastante hablador.
PEPE. (Nunca he visto al amo así.) (Al marchar.)
— Ah! (Ya cerca del foro.)
FERNANDO. Qué? (Algo alterado.)
PEPE. (Si fuera un resorte!)
(Volviendo cerca de Fernando, temeroso, como si dudase del resultado de lo que va á decir.)
Debo, porque acaso importe
no callar á usia...
FERNANDO. Di.
PEPE. De ocultis, con gran recato,
hoy una carta han traido...
FERNANDO. Otra vez? Si no lo olvido!
PEPE. Pero es que... (Siempre receloso)
FERNANDO. Vete, ó te mato.
PEPE. (Ya arrostrando con temor las consecuencias)
Mas la carta... viene escrita...
FERNANDO. Sí, ya sé, por la francesa.
PEPE. No, á la señora marquesa.
(Movimiento de extrañeza en Fernando.)
— Allí la dejó Juanita.
Y aunque me valga un julepe,
soy fiel, y hablo...

FERNANDO. (Desentendiéndose.) Sí, demás.
En adelante hablarás
cuando te pregunte, Pepe.
PEPE. Señor...
FERNANDO. Vete! (De modo que no admite réplica.)
PEPE. (Saludando con respeto y dirigiéndose luégo hácia el foro.)
(Son dos ascuas
mis orejas... ¡ Dios eterno!
Si esto sigue, va á ser tierno
mi mazapan de las pascuas!) (Váse por el foro.)

ESCENA III.

FERNANDO.

Ya vivir no puedo así;
dos años así he vivido,
y en ellos me ha envejecido
el frio que siento aquí.
Tener mujer, y no verla,
casa propia, y no habitarla,
y la dicha, y no gozarla
ó, por vanidad, perderla;
ser de un necio orgullo esclavo...
Eso es lo que he conseguido,
por un valor entendido
que yo de entender no acabo.
—Y esa carta... He de saber...
(Da algunos pasos hácia la derecha y se detiene.)
—Si encontraré yo delito
ver tan sólo el sobrescrito
de una carta á mi mujer?...
No! (Arguyéndose á sí mismo.)
—Pero como un ladron
entrar en su gabinete,

mi dignidad compromete...
(Mira á todos lados con temor.)
— Bah!... Qué mejor ocasion?...
(Resuelto ya, entra en el gabinete de Cecilia.)

ESCENA IV.

CECILIA y JUANA, que aparecen en el foro apénas entra Fernando en el gabinete.

CECILIA. De esa otra carta no me hables.
Y que más no te repita
lo que mil veces te he dicho;
que para mí no recibas
las del conde, pues me ofenden
tan sólo con recibirlas.
JUANA. Mas si distraer pudieran...
CECILIA. A una tonta.
JUANA. Yo creia...
CECILIA. (Con severidad.)
Basta, que estás abusando
de mi confianza, niña.
JUANA. Servir creí...
CECILIA. Bueno! Vete!... (Impaciente.)
JUANA. (Cómo está la señorita!)
(Váse por el foro.)

ESCENA V.

CECILIA.

Se quita el sombrero, le deja sobre el velador y dice las primeras palabras mirando al foro, como dudando si llamará á Juana.

Ah! me olvidé... No me ha dicho
si está Fernando... —¿Qué vida!
¡qué angustia... y qué vano orgullo,
este que así me esclaviza!...

(Se acerca al portier del cuarto de Fernando, le entreabre y observa.)

— Cá! No está!... Si fuera pasa
las noches como los dias!
(Vuelve hácia el proscenio.)
— ¡Si él supiera!... Y ¿qué le importan
mis solicitudes íntimas?...
— Pero á mí me importa... Quiero
saber algo por mí misma
de lo que Juana me advierte
y divierte á mis amigas.
— Un sobre es toda una carta
á veces! — No hay quien me impida...

(Despues de observar otra vez y asegurándose de que está sola, entra resueltamente en la habitacion de Fernando. Aparecen en aquel momento Juana y Pepe en el forillo y la ven entrar, bajando en seguida al proscenio curiosos y sorprendidos. Mucha viveza.)

ESCENA VI.

JUANA y PEPE.

JUANA. Pepe, se aguó nuestra fiesta.
PEPE. Llegó el diluvio, Juanita.
La viste entrar?
JUANA. Sí, la he visto.
La tempestad se echa encima.
PEPE. Lo que es él estaba!...
JUANA. Y ella?...
— Es tan rara esta visita!
(Se acerça al portier del gabinete.)
No oigo nada.
PEPE. Nada?
JUANA. Nada.
PEPE. Pues él debe estar.
JUANA. Podria?...

Sí, puede ser... ¡Lance extraño!

(El mismo juego cerca del otro portier, que ademas entreabre.)

PEPE. Verás, verás si te pillan
en ese juego... ¡Curiosas!
No negais de quién sois hijas!

JUANA. Lo dicho!... Allí está tu amo!
No puedo tener la risa!

PEPE. Truecan las habitaciones?...

JUANA. La cosa no trae malicia!

PEPE. Si truecan tambien las cartas!...

JUANA. Como ella es tan distraida!

PEPE. Deja de reir, y vámonos;
que si nos sorprenden, chica...

JUANA. Vamos!

PEPE. Ya se yo quien paga
el porte de las cartitas!...

(Vánse por el fondo.)

ESCENA VII.

CECILIA y FERNANDO, que al desaparecer los criados por la galería, se sorprenden saliendo de los gabinetes.

LOS DOS. Ah!

FERNANDO. (Me pescó!)

CECILIA. (Vírgen Santa!)

FERNANDO. (Si ha llegado á presumir...)

CECILIA. (Y qué le voy á decir?...
¡Siento un nudo en la garganta!)

FERNANDO. (Aun por las dudas herido,
me hallaba allí tan contento,
que...)

CECILIA. (Salir pude al momento,
y el corazon me ha vendido.
— Pero él tambien...)

FERNANDO. (Tambien ella!...
Valor!)
(Como el que se resuelve á salir del paso de cualquier modo.)
Cecilia?
CECILIA. Fernando?
FERNANDO. No sé por qué estás temblando.
CECILIA. Y tú!...
FERNANDO. (Y así está tan bella!)
CECILIA. No creas que...
FERNANDO. (Ya con cierto aplomo.) Toma! Toma!
Parece, por lo que hicimos,
que de acuerdo nos pusimos
para darnos una broma.
CECILIA. Embromarnos? Si... eso es!...
Buena ocurrencia! já! já!...
FERNANDO. (Qué necio la escribirá?)
CECILIA. (Yendo á sentarse junto á la chimenea.).
(La infame ¿tendrá interés?...)
—Con que broma?
FERNANDO. En un desquite
de nuestro largo aislamiento,
nos ocurrió el pensamiento...
CECILIA. De jugar al escondite?
FERNANDO. Eso.
CECILIA. Y está bien jugado;
porque andas tan escondido,
que por milagro he tenido
el habernos encontrado.
FERNANDO. Mas tú...
CECILIA. Yo estoy en mi centro
en juego en que el niño goza.
FERNANDO. Sí; pero al niño alboroza
el instante del encuentro.
CECILIA. Que te acriminas advierte;

que en mi encuentro has parecido
más un ladron sorprendido,
que un niño que se divierte.

FERNANDO. (Como dispuesto á marcharse.)
Si has de jugar con tus temas...
Desde que estás junto al fuego,
ya has provocado otro juego.

CECILIA. ¿Cuál?

FERNANDO. Aquel de... «¡que te quemas!»

CECILIA. (Apartándose asustada de la chimenea.)
¡Ah!

FERNANDO. (Volviendo cerca de ella con solicitud.)
¡No seas inocente!

CECILIA. Creí que mi traje ardia:
como el *¡te quemas!* te oia...

FERNANDO. Te quemabas... moralmente.

CECILIA. (Con mucha naturalidad y viveza.)
¡Ay! ¡Qué susto!

FERNANDO. ¿Agua de azahar
ó tila pido?...

CECILIA. No, no.
Ya el susto se me pasó.
— No me vuelvas á asustar.
(Con coqueteria, yendo de nuevo junto á la chimenea.)

FERNANDO. (Reparando en el de Cecilia, que descubre al sentarse.)
(¡Qué pié tan mono!)

CECILIA. ¿No te ibas?...

FERNANDO. Sí; ¡pero allí siento un frio!...

CECILIA. Pues ven aquí, al lado mio.
Pero hablar no me prohibas,
y habla tú de lo que gustes.

FERNANDO. ¿De todo?

CECILIA. Siendo sincero.

FERNANDO. Pues he de hablar mucho.

CECILIA. Pero...
¡cuidado con que me asustes!
FERNANDO. ¿Y si vuelves á jugar?
CECILIA. ¿Qué importa? ¿No ves, Fernando,
que, despues, sabe Dios cuándo
nos podremos encontrar?
FERNANDO. Es cierto... Las exigencias
de la sociedad... el mundo...
CECILIA. Te inspiran amor profundo
las sociales conveniencias.
FERNANDO. Ya ves...
CECILIA. Y en tu sentimiento
bien pude hallar el contagio,
pues... ya lo dice el adagio...
FERNANDO. ¿Y qué?
CECILIA. Que un loco hace ciento.
FERNANDO. Mi locura no perdono,
si merece tu censura.
CECILIA. No... ¿Qué importa esta locura,
si es al fin de tan buen tono?
(Ligera pausa.)
— Empezó... ¿Recuerdas cuándo?
Dejamos en Francia el niño,
prenda de nuestro cariño,
y el cariño fué menguando.
Y no es que muestre rencor
por tu paternal deseo
de educarle allí; mas creo
que, si tu prenda de amor
hubieras visto en mis brazos,
la nube pasado hubiera,
sin ajar ni uno siquiera
de aquellos benditos lazos.
Porque, al celestial arrullo
de un ángel, ¿quién puede oir

este inhumano rugir
de nuestro implacable orgullo?
¿Y qué ave escucha los celos
de otro amor, cuando el oido
le regalan desde el nido
con voz dulce sus polluelos?...

FERNANDO. Prueban tus giros galanos
que sólo yo, de mil modos,
maté el cariño.

CECILIA. No, *todos*
en él pusimos las manos.

FERNANDO. Verdad es, y al confesarla...

CECILIA. Mi parte en la culpa tuve.
Si tú formaste la nube,
yo no supe disiparla.
— Y esto va así... (Afectando indiferencia.)

FERNANDO. (Como queriendo provocar una explicacion.)
¿Te parece
que va mal?... Nuestra locura
tiene tambien su ventura.

CECILIA. Sí, toda la que merece.

FERNANDO. En la inflexion de tu acento,
cualquiera notar podria
no sé qué extraña ironía
que no me deja contento.

CECILIA. (Volviendo al tono ligero.)
¡Ah! ¿Tú has notado?...

FERNANDO. Aunque loco,
áun hay luz que no he perdido.
Sinceridad me has pedido,
y ahora yo la tuya invoco.

CECILIA. (Acercándose á él con miedo cómico y curiosidad maliciosa.)
¡Dios mio! ¿Qué irás á hablar?
— Que me perdones te ruego;

que, estando cerca del fuego,
temo volverme á quemar.

FERNANDO. ¿Moralmente? (Con intencion.)

CECILIA. ¡Claro! ¡Sí!
Me acerca á tí mi egoismo;
pues, si el fuego está en tí mismo,
me defenderás de tí.
— Habla, pues.

FERNANDO. Decir queria
que en esta nueva existencia,
sin cargo... de tu conciencia,
puedes gozar alegría.

CECILIA. Con que... ¿sin cargo? — Adelante.

FERNANDO. Y áun te diré que la gozas
cuando al gran mundo alborozas
con tu amor propio triunfante.

CECILIA. (Sonriendo con cierta gracia burlona.)
De esas mis glorias cumplidas,
rara vez eres testigo.

FERNANDO. Mas que las conozco digo.

CECILIA. ¿Las conoces? ¡Ah! ¡De oidas!
—Pues, si á cantarla obligado
te ves, ¡mi gloria se espanta!
¿De oido?... ¡Si así la canta
cualquier simple aficionado!

FERNANDO. (Algo picado.)
Si algun músico más diestro
tal vez por ahí se encontrase...

CECILIA. En música de esta clase,
tú has podido ser maestro.
Y ahora la tienes que oir,
para poderla cantar.

FERNANDO. (Con intencion.)
Y ¿no pudiera llegar
hasta saberla escribir?

CECILIA. ¡Cuánto fuego! Temo yo
que ahora tú tambien te quemas.
— Si haces juego de los temas
que aquí tratamos...

FERNANDO. ¡Ah! No.
— Pero...

CECILIA. ¿Qué?

FERNANDO. (Abandonándose á sus íntimas emociones.)
Tengo á mis horas
en tí fijo el pensamiento,
y son mi propio tormento
esas gracias que atesoras.
Soy, cuando vas á ese mundo,
el armador triste y grave
que mira su hermosa nave
sobre el abismo profundo.
Y al ver la gracia en su vela,
y lo firme de la escota,
y aquel aire de gaviota
con que estremecida vuela;
tal vez se siente morir,
y acaso empiece á temer
cómo pudiera volver
la nave que vió partir.
Y, cuando se hunde la quilla
léjos ya, su sangre diera
para que entónces volviera
su nave á la mansa orilla.

CECILIA. (Con entusiasmo sincero.)
¡Es hermosa la pintura!
— Pero temo, al admirarte,
que el pintor muestre más arte
que verdad en su ternura.

FERNANDO. Hablo con sinceridad.
Aunque tu virtud inmensa

es ya tu mejor defensa
contra toda iniquidad;
yo, de tu corte cruel,
borraria el falso artículo,
si no viese lo ridículo
que hallarian mi papel.

CECILIA. ¡Ya!... La social conveniencia...

FERNANDO. Su impulso avasallador
nos mueve, y es, en rigor,
difícil la resistencia.

CECILIA. (En el tono ligero.)
Vamos en el mismo tren,
aunque en distintos vagones.

FERNANDO. ¿Y no sientes emociones
extrañas con el vaiven?...
El tren vuela, y no vacila,
y nada su marcha turba...
Mas... si halla una línea curva,
y entra en ella, y descarrila...

CECILIA. (Con acento de espanto cómico.)
¡Qué horror! ¡Ya me has asustado!
¡El desastre me figuro!...
—Dime, ¿y estás tú seguro
de no haber descarrilado?...
(Movimiento de Fernando.)
Porque acaso de un tren mismo
un solo vagon se suelta,
y escapa en una revuelta,
y va á dar en un abismo.

FERNANDO. (Algo temeroso del giro de las últimas frases.)
¡Vaya! Te dejo, Cecilia.

CECILIA. (¡Ay, que se escapa el vagon!)

FERNANDO. Temo alguna indiscrecion...

CECILIA. (Con sencillez estudiada.)
Si hablamos como en familia!

FERNANDO. (Dando algunos pasos hácia su gabinete.)
Mejor meditas á solas
sobre ese punto tan grave.
CECILIA. ¿Y dejas tu pobre nave
engolfada entre las olas?
FERNANDO. (Ya cerca de la puerta.)
¡No seas niña!... (Estoy turbado;
de ser débil me avergüenzo.)
CECILIA. (¡Gran batalla, si hoy le venzo,
los dos habremos ganado!)
FERNANDO. ¡Vaya! (Mirando su reloj.)
CECILIA. (Acercándose á él.)
¿Te quedas, verdad?
¿Qué tienes que ver allí?
¡Siquiera, viéndome á mí,
hallas una novedad!
FERNANDO. ¡Siempre con doble intencion!
CECILIA. Por distraerte, prometo
revelarte un gran secreto
que interesa al corazon.
FERNANDO. Venga tu secreto, pues.
CECILIA. Dos preguntas casi juntas
ántes...
FERNANDO. Vengan las preguntas.
Te escucho con interes.
CECILIA. — Cuando hoy, con miedo y recato,
en mi gabinete entrabas,
si algo con afan buscabas,
¿verdad que no era un retrato?
FERNANDO. Yo... no... (Aturdido por la pregunta.)
CECILIA. Las excusas huyo,
y en tu buena fe confío...
Hablo de un retrato mio,
esto es, de un olvido tuyo.
— Preocupadillo has andado,

cuando, de tu misma alcoba,
mi retrato hay quien te roba...
(Movimiento de extrañeza en él.)
— No... la falta no has notado.
(Ligera pausa.)
— ¿Cuándo al niño escribes, dí,
pues al amor obedeces,
aunque escribas pocas veces,
¿le hablas alguna de mí?
— Tu preocupacion respeto,
porque en tu fondo hay cariño...
— Ahora sale á luz el niño,
es decir, mi gran secreto.
— Como este afan del demonio,
que amor propio aquí se nombra,
la luz mata, con su sombra,
del amor del matrimonio;
nos ciega con tal rigor,
que no nos vimos de acuerdo
ni siquiera en el recuerdo
del ángel de nuestro amor.
Aún no nos pudo escribir;
mas tan bien sabe leer,
que temo que llegue á ver
lo que no alcanzo á decir.

FERNANDO. ¡Pintas las cosas tan graves!
Todo arreglarse pudiera...

CECILIA. Espera, Fernando, espera,
que aún mi secreto no sabes.
Aunque dichosos vivamos
con nuestro alegre aislamiento;
templando... el remordimiento
de que al niño así escribamos,
dije, tomando mis puntos
en mi prevision de madre:

« Aunque no quiera su padre,
nos va á ver el niño juntos.»

FERNANDO. Ya adivino...

CECILIA. ¡ Y nos va á ver!

FERNANDO. Ya sé quien entra en mi alcoba
y tu retrato me roba.

CECILIA. Ya lo sabes... ¡ tu mujer!
Como yo el tuyo tenía,
el medio busqué, discreta,
de hallar en una tarjeta
tu imágen junto á la mia.
— Y hoy la traigo. (Mostrándosela.)

FERNANDO. (Mirando la tarjeta.) ¡ Qué primor !
Casi estoy por abrazarte.

CECILIA. Me avergüenzo de que el arte
sepa más que nuestro amor.

FERNANDO. Mucho ha logrado en verdad;
que aunque de perfil estaban,
nuestros bustos no esperaban
esta dulce intimidad.
Se miran con embeleso;
natural la union se ofrece...
— Dí, Cecilia... ¿ no parece
que te estoy pidiendo un beso ?

CECILIA. Es la mirada que un dia,
con sus castos resplandores,
á nuestros puros amores
dulce fruto prometia.
Y aunque el niño está tan léjos,
no ha de juzgarnos perdidos
si al fin nos encuentra unidos
del amor en los reflejos.
(Quedan embelesados mirando la fotografia.)

ESCENA VIII.

DICHOS.—JUANA y PEPE, por distintos lados del foro, y viniendo á encontrarse en el centro de la galería.

JUANA. (¡Juntos, Pepe!
PEPE. ¡Juana, juntos!
JUANA. Muy mala espina me da.
PEPE. Si no tenemos belenes,
¡qué Pascua de Navidad!...)
—¡Señorito!... (Bajando al proscenio.)
FERNANDO. ¿Qué?
PEPE. Que Antonio
ha ensillado el alazan.
FERNANDO. (Dirigiéndose á su gabinete.)
Voy á arreglarme en seguida.
CECILIA. (Con mal disimulada pena.)
¿Cómo? ¿En seguida te irás?
JUANA. ¡Señorita!
(Fernando se detiene en la puerta con aire de irresolucion.)
CECILIA. ¿Qué?
JUANA. Que Pedro
no se atreve á molestar,
y me ha entregado esta carta
del correo... (Dándole una carta.)
CECILIA. Dame. —¡Ah!
(Exclamacion de indefinible alegría, pero reprimida por el secreto afan que la domina.)
FERNANDO. ¿Qué es eso?
CECILIA. Nada, no es nada.
(Guarda la carta con el retrato.)
FERNANDO. Me pareció... (Con curiosidad y recelo.)
CECILIA. Ya sabrás.
PEPE. (Con viveza, como interesado en que su amo se marche.)
Señorito, que ha ensillado...

FERNANDO. Que desensille, y en paz.
JUANA. (¿Lo ves, Pepe? Los belenes
temo que se acaban ya.
PEPE. No, no es en esta parroquia
donde nos han de casar.)
(Vánse por el foro.)

ESCENA ÚLTIMA.

CECILIA.—FERNANDO.

CECILIA. (Viendo que se alejan los criados.)
¡Gracias á Dios!
FERNANDO. (Con curiosidad impaciente.)
Conque, vamos.
Dime...
CECILIA. ¿No sales, es cierto?
Hoy que el corazon despierto
por algo noble encontramos,
le habla al fin la Providencia
por que la dicha recobre.
FERNANDO. A ver.
CECILIA. (Mostrándole la carta que le dió Juana.)
A ver si este sobre
algo dice á tu conciencia.
FERNANDO. (Con sorpresa y alegría, contemplando el sobre.)
¡De París!... Y el desaliño
de caractéres tan gruesos...
CECILIA. ¡Ya ví en sus rasgos los besos
que nos manda nuestro niño!
FERNANDO. ¡Y qué esfuerzos ha hecho el tuno
para enviar su regalo
de Pascuas!... y que no es malo!
CECILIA. Sobre todo, ¡qué oportuno!
FERNANDO. ¡Esta es su primera carta!

CECILIA. (Con la profunda intencion que se comprende en la situacion de la esposa.)

Y dirigida á los dos...
¡Nos busca juntos!

FERNANDO. ¡Por Dios!
Yo he de abrir...
(Intentando abrir la carta del niño.)

CECILIA. ¡Fernando, aparta!
(Se la quita.)

FERNANDO. ¿No es mia tambien?... Vosotras
las madres, querreis decir...

CECILIA. (Estallando ya cuantos sentimientos ocultaba por amor propio.)

Esta no se puede abrir,
si no se queman las otras.
¿Cómo encontrar conveniencia
la hipocresía del vicio,
si el amor nos llama á juicio
con gritos de la inocencia?
— Hoy nuestra casa es un templo
de un niño por la razon...
Si abre el culto el corazon,
yo debo dar el ejemplo.
(Va al gabinete de la izquierda y vuelve con una carta. Mucha viveza.)
— Esta es tuya. Nunca es tarde
para hacer el bien, Fernando.

FERNANDO. De tu virtud me está hablando
ese generoso alarde.
(Despues de hacer el mismo juego que Cecilia.)
Te imito. (Con la carta que ha sacado del gabinete de la derecha.)

CECILIA. Vayan al fuego.
(Arrojan las dos cartas á la chimenea.)

FERNANDO. ¡Y las dos arden muy bien!

CECILIA. (Señalando á la llama de la chimenea.)
¿Quién perdona más á quién?
FERNANDO. No la he visto, y no lo niego.
— ¿Quién tiene que perdonar?
¡Tú sola, que eres la santa! (Se abrazan.)
CECILIA. (Alzando con enajenamiento la carta del niño.)
Sobre pavesas levanta
la fe su luz del hogar.
Y aquí está ya nuestro hijo,
y oigo su voz placentera,
la inmortal frase primera
que su tierno amor nos dijo.
Y hoy que nos trae la fortuna
de la dicha, sueño que hoy,
al abrir su carta, voy
á despertarle en su cuna.
(Dando algunos pasos hácia su gabinete.)
FERNANDO. Muy pronto va los excesos
de esta sorpresa á pagar.
(Cecilia se detiene y espera con ansiedad que exprese su idea Fernando.)
— Sí, le iremos á buscar
para comérnosle á besos.
CECILIA. Ah!...
(Exclamacion de indefinible júbilo, yendo á estrechar la mano de Fernando.)
FERNANDO. Si en medio de los males
de que fuimos testimonio,
viera siempre el matrimonio
sus *Cartas trascendentales!*...

(Telon.)

FIN DE LA COMEDIA.

3 0112 117464088

Esta comedia se halla de venta en Madrid en las librerías de *Cuesta*, calle de Carretas; *Durán*, Carrera de San Jerónimo; *Leocadio Lopez*, calle del Cármen; *Murillo*, calle de Alcalá, y *Martinez*, calle del Príncipe.

En Provincias, en casa de los corresponsales de la *Administracion Lírico-dramática*.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á la *Administracion*, acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.

IMPRENTA DE T. FORTANET.